

QUEVEDO, FRANCISCO DE (1580-1645)

*LOS REFRANES DEL VIEJO CELOSO*

SON FIGURAS DÉL:

RINCÓN, galán.

VILLADIEGO.

JUSTA, dama.

JUAN DE LA ENCINA.

UN VEJETE.

PERICO DE LOS PALOTES.

CALAÍNOS.

MARICASTAÑA.

EL REY QUE RABIÓ.

LA DUEÑA QUINTAÑONA.

EL REY PERICO.

PERO GRULLO.

COMO DIJO EL OTRO.

(Salen JUSTA, de graciosidad, y RINCÓN, de capigorrón.)

RINCÓN:

Justa querida, Justa de quien gusta  
mi alma, que a quererte bien se ajusta;  
Justa a quien mi deseo humilde implora  
que de Justa te vuelvas pecadora;  
Justa, más deseada que una herencia,  
y más introducida que un abuso;  
Justa, más justa que un zapato al uso;  
Justa, que tienes, a lo que imagino,  
todas las propiedades del buen vino:  
buen color, buen olor, mas ¿quién se atreve  
a decir del sabor sin que lo pruebe?

JUSTA:

¿Tan linda soy, Rincón?

RINCÓN:

Un breve rato

hago pincel mi lengua y te retrato:  
frente más espaciosa y placentera  
que una criada cuando sale fuera;  
ojos que decorando sin perjuicio  
hacen más muertes que un dotor novicio;  
narices que teniendo algunas riñas  
se han puesto de por medio entre dos niñas;  
labios -pintor sea yo con vos dichoso-  
que con ellos me quemén por goloso;  
garganta que es, cuando el cristal reluce,  
hija de abad, pues toda se trasluce.

JUSTA:

¡Ay, Rincón! Yo gustara que me amaras  
porque de noche a ratos me hablaras,  
mas no tengo lugar, y así te dejo,  
que estoy casada con celoso y viejo.

RINCÓN:

¿Que tan viejo?

JUSTA:

Tan viejo que te juro  
que se cae por las calles de maduro.

RINCÓN:

¿Qué tan celoso?  
Tanto qu'escupiendo  
al tiempo que me daban una joya,  
tan cruel tapaboca darme supo  
que ya, aunque me den algo, no lo escupo.

RINCÓN:

Sí creo...

JUSTA:

Pero tú no me des nada,  
porque lo escupiré por darte pena.

RINCÓN:

No te lo dan ¿y escúpeslo, morena?

JUSTA:

Dejémonos de gracias, que me tiene  
apurada este viejo, este maldito.  
Cada palabra es un refrancito;

cuando habla, cuanto dice son vejeces,  
repitiéndolo más de dos mil veces;  
si me amenaza, dice con visajes:  
«Agora lo veredes, dijo Agrages».  
Si de noche va huyendo de mi fuego,  
dice que toma las de Villadiego;  
si digo que murmuran los vecinos,  
cuentos dice que son de Caláinos;  
si algo le cuento, dice con gran saña  
que soy del tiempo de Maricastaña.

RINCÓN:

Tente, Justa, no más, que así yo viva,  
qu'en tu marido mi remedio estriba,  
pues con ardides, tretas y ademanes  
han de ser mis terceros sus refranes.

JUSTA:

¿Pues qu'es lo que has de hacer?

(Dentro, el VEJETE.)

VEJETE:

¡Abre aquí, Justa!

JUSTA:

¡Mi marido!

RINCÓN:

Vo, pesi a mi linaje.  
¿No habrá alguna escalera por do baje?

JUSTA:

Yo te pondré en la calle; agora escóndete,  
y haz como aquesta tarde hablarte pueda.

RINCÓN:

Sácame tú, que yo haré lo que queda.  
¡Ábreme, Justa!

RINCÓN:

¿A qué so aún zurujano?

(Sale el VEJETE y escóndese RINCÓN.)

JUSTA:

¿Cómo venís, marido, tan temprano?

VEJETE:

Por el calor, tan presto me recojo.

JUSTA:

Esperad: ¿qué traís en ese ojo?

La cabeza poned algo más baja.

VEJETE:

¿Qué tengo?

JUSTA:

Ya lo miro qué, una paja.

VEJETE:

Por Dios que me ha dolido esta mañana;  
quitádmela, mujer.

JUSTA:

De buena gana.

RINCÓN:

Ella le quita a él como taimada  
la paja, y él a ella la cebada.

VEJETE:

¿Sale?

JUSTA:

Ya sale.

VEJETE:

Mucho me está doliendo.

¿Sale?

JUSTA:

¡Válgame Dios, ya va saliendo!

VEJETE:

No la dejéis acá.

JUSTA:

No haré, marido.

VEJETE:

¿Ha salido, mujer?

(Sale RINCÓN, y vase.)

JUSTA:  
Sí, ya ha salido.

VEJETE:  
Mira bien si salió.

JUSTA:  
Ya salió fuera,  
que no os dejara yo si no saliera.

VEJETE:  
¿Queréisme mucho, a fe?

JUSTA:  
¿Luego, no os quiero?  
¡Ay, mi Rincón, por verte ya me muero! (Aparte.)  
Tanto os quiero por ser de vos querida,  
que a un rincón me estaré toda mi vida;  
y pues gustáis de verme retirada  
os prometo estar siempre arrinconada,  
qu'es mi gusto, mi amor y mi fineza  
tener a un rincón vuelta la cabeza,  
y no hago nada en estas ocasiones:  
que so yo muy amiga de rincones.

VEJETE:  
Mucho rinconeáis, y no querría  
que andéis en ellos tanto, mujer mía,  
que los rincones, fuera de otras tachas,  
sirven de echar basura y matar hachas.

JUSTA:  
Sois un vejete cluenco, hecho de barro,  
depósito de tos y del catarro,  
alma de güeso que por miserable  
penando está en braguero perdurable,  
todo refranes, como el dueño, güeros.

VEJETE:  
Los más antiguos son los verdaderos;  
mas yo, aunque más os riño y más os hablo,  
soy Pedro por demás, Justa del diablo.

(Sale RINCÓN con botarga colorada y un cohete encendido en la mano.)

RINCÓN:

Viejo clueco, viejo clueco,  
no digas que no te aviso  
que de la selva encantada  
un mágico había salido,  
y dentro della te ha puesto  
sin mula ni sin borrico.

JUSTA:

Marido, encantada estoy.

VEJETE:

Callad, noramala, os digo  
que no hay encantos, que todos  
son cuentos de Calañinos.

(Sale CALAÍNOS de francés, a lo gracioso.)

CALAÍNOS:

Yo soy ese desdichado;  
pero ¿qué cuentos he dicho,  
o cuándo los he contado,  
para que azotéis conmigo?  
Un Par de Francia fui yo,  
de contar tan enemigo  
que aun el reloj no conté,  
ni yo sé cuántas son cinco.  
Pues si esto es así, ¿por qué  
si os cuentan algún prodigio,  
algún enredo o mentira,  
decís que son cuentos míos?  
Dejadme a mí, y repasad  
vuestro casero peligro,  
que os agarran la mujer;  
no seáis de los maridos  
que aunque lo ven, dicen qu'es  
los cuentos de Calañinos.

(Vanse los tres, RINCÓN y JUSTA y CALAÍNOS.)

VEJETE:

¡Ah, mujer! ¡Ah, mujer mía!  
¿Dónde os vais? No quiero oírlo.

Tomó las de Villadiego,  
voy tras ella.

(Sale VILLADIEGO.)

VILLADIEGO:

Viejecito,  
yo soy ese Villadiego.  
En mis calzas, ¿qué habéis visto  
para decir que las toman  
los que huyen? Antes son grillos  
unas calzas atacadas,  
y para ir su camino,  
no tomallas, qu'el soltallas  
les fuera mejor adbitrio.  
Nadie me tome mis calzas  
para huirse; mentís, digo,  
ni las diera yo sin prendas,  
que de cuantos han huido,  
alguno, por no llevallas,  
me dejara en cueros vivos.

(Vase.)

VEJETE:

¡Qué disparates son estos  
de Juan de la Encina!

(Sale JUAN DE LA ENCINA con ramas de encinas cubierto.)

JUAN:

Amigo,  
Juan de la Encina soy yo.  
¿Qué disparates he dicho,  
qué disparates he hecho,  
para ser tan perseguido?  
¿Soy por ventura avariento?  
¿Guardo con cudicia el trigo  
porque veo que no llueve?  
Y si veo que ha llovido,  
¿doy a diez por lo que ayer  
me daban a veinticinco?  
Pues si nada desto hago,  
pues si nada desto digo,  
¿cómo cualquier disparate  
le calificas por mío?

Dejad a Juan de la Encina,  
disparatados del siglo,  
que yo me voy, por no hacer  
un disparate contigo.

(Vase.)

VEJETE:

¿Hay tal hablar de cristiano?  
¿Dijera más desatinos  
Perico el de los Palotes?

(Sale PERICO EL DE LOS PALOTES, cargado de ellos.)

PERICO:

Endiablado vejecito,  
¿tan desatinado soy?  
En tu vida ¿qué te hizo  
Perico el de los Palotes,  
que así le traes perseguido?

(Vase.)

VEJETE:

¿Qué encantamentos son éstos?  
¿Qué invenciones, qué vestidos  
a lo de Maricastaña?

(Sale MARICASTAÑA, de dueña.)

MARICASTAÑA:

Pues Maricastaña, amigo,  
¿no fue mujer como todas,  
aunque se haya envejecido?  
Que no ha de durar una hembra  
por los siglos de los siglos.  
Moza fui de cincuenta años;  
disimulé ciento y cinco;  
de docientos me enterraron,  
y aun agora tengo bríos.

(Vase.)

VEJETE:

¡Valga el diablo la vejaza!,  
que parece, ¡vive Cristo!,



a la dueña Quintañoña.

(Sale la dueña QUINTAÑOÑA, con un rosario al cuello, con muletas.)

DUEÑA:

¿Tan mal he yo parecido,  
que a la dueña Quintañoña  
tan gran afrenta se ha dicho?

VEJETE:

¿No eres dueña? Aqueso basta  
pues cuando hacen un castigo  
dicen que cual digan dueñas  
pusieron al cuitadillo.

DUEÑA:

Luego ¿tan mala soy yo?  
Pues en verdad que me estimo  
por mi talle y hermosura.

(Vase.)

VEJETE:

¿Hermosura? ¿Quién tal dixo?  
Ese cucharon de barba  
y aquesos ojos hundidos  
del Rey que rabió parecen.

(Sale el REY QUE RABIÓ, amortajado, la cara blanquizca.)

REY:

Pues si me dais por testigo,  
yo soy el Rey que Rabió,  
que rabiando muero y vivo  
porque bajan los sombreros  
cuando suben los vestidos.  
Pues ¿a quién no hará rabiar  
ver a un vejete engreído  
con las barbas vitorianas  
y el cabello dominico?

(Vase.)

VEJETE:

Calle, señor, que eso fue  
en tiempos del Rey Perico.

(Aparece el REY PERICO en un tribunal, asentado en un banquillo, y en unas gradas sentados todos los que fuere nombrando; y un dosel en lo alto.)

REY:

El Rey Perico soy yo,  
que en mi tribunal subido  
llamo a juicio a mis vasallos,  
porque un día tengan juicio;  
diga Marta con sus pollos.

JUSTA:

Digo que por mí se dijo  
«Muera Marta y muera harta»;  
por eso mis pollos crío.

VEJETE:

¿No es mi mujer ésta? Justa,  
¿en Marta te has convertido?

REY PER.:

¿Qu'és de El Otro?

EL OTRO:

Aquí está El Otro,  
a quien han atribuido  
necedades, boberías,  
sentencias agudas, dichos,

inorancias, frialdades,  
y todas por un camino.  
Dicen: «Como dijo El Otro»,  
y nunca «El Otro lo ha dicho».

VEJETE:

Denme mi mujer, ¿qu'és esto?

REY PER.:

¡Hola!, ¡hola!

TODOS:

¡Señor, señor!

REY PER.:

Mateo Pico,  
Agrajes, Cochite-erbite,

Chisgarabís, Trochemoche,  
Bobo de Coria, mi amigo  
o la Mari Tabadilla,  
doña Fáfula, a quien digo;  
¿oís?, Pedro de Urdemalas;  
estad bien apercebidos.  
Vos, Pero Grullo, llegad,  
y haced esto que os suplico:  
que a ese Vejete malvado,  
por hablador a lo antiguo,  
le presentéis ante mí;  
veréis cómo le castigo.

VEJETE:

Misericordia, señor,  
yo lo doy por recibido.  
Valedme agora, valedme,  
¡oh santos deste distrito!  
¡Oh señor santo Mocarro!  
¡Oh señor Santiliprisco!  
¡Señor santo de Pajares,  
de todos tan conocido,  
libradme de Pero Grullo!

PERO:

Viejo caduco y maldito  
no os espantéis que os ofrezco,  
si un vuelo doy y relincho,  
en medio deste tablado  
estornudar basiliscos.  
Que huyáis de aqueste picazo  
agora, Viejo, os aviso,  
que si os alcanzo, os haré  
que pagu[é]is vuestro delito.

VEJETE:

No pagaré, juro a Dios,  
que con este pergamino  
haré que todos me teman.

REY PER.:

Que se defiende, ministros,  
matadle a cevilidades.

VEJETE:

¡Tiempo nublo, iglesia pido!

(Andan todos a porrazos, con matapecados, con que dan fin al entremés.)

FIN